

## Panorama de la narrativa y la poesía catalanas

David Castillo

Durante los últimos diez años, la narrativa y la poesía catalanas se han movido entre la renovación de la nómina de autores y la consolidación de unas obras, que en el caso de la novela ha ido encontrando, asimismo, un público mayoritario. Narradores como Jesús Moncada, Baltasar Porcel, Jaume Cabré, Emili Teixidor, Quim Monzó, Sergi Pàmies, Vicenç Villatoro y Carme Riera, todos ellos desde estilos e intereses bien diferentes, han conseguido un público fiel de muchos miles de lectores. Otros narradores como Ferran Torrent, Maria de la Pau Janer, Maria Mercè Roca e Isabel-Clara Simó se han convertido en sólidos narradores de *best sellers*, capaces de competir con los superventas de la literatura en castellano prácticamente en cada fiesta del libro de Sant Jordi (23 de abril) de los últimos años. Parece que sin tener un territorio todavía plenamente consolidado, los autores van definiendo su trayectoria y han ido generando un público difícil de captar hace poco más de una década si no era en contadas excepciones.

El panorama quizás no es tan alentador como algunos pretenden ni tan deprimente como otros vaticinan, pero creo que sin demasiados estudios sociológicos se puede ver claramente que la narrativa culta mantiene la calidad mientras incrementa el consumo. Además se ha dado otro fenómeno que nunca se había dado en la literatura catalana: la pervivencia de diferentes generaciones de escritores en una misma época. Los escritores de la *Generació dels setanta* (Monzó, Cabré, Oliver, Grau, Montserrat Roig, Jaume Fuster y Albanell, entre muchos otros) que coincidieron con los escasos narradores de la postguerra (Pedrolo, Maria Aurèlia Capmany, Joan Fuster, Jaume Vidal i Alcover, entre otros) y con algunos anteriores como Mercè Rodoreda, Pere Calders, Tisner y Palau i Fabre han visto cómo durante los últimos ochenta se incorporó una nueva generación de narradores importantes como Miquel de Palol, Sergi Pàmies, Lluís-Anton Baulenas, Montserrat Palau, Màrius Serra, Gabriel Galmés, Maria de la Pau Janer, Josep Maria Fonalleras y Maria Mercè Roca, entre muchos otros nombres que mantienen su obra abierta. Los noventa han servido para consolidar este espacio de teórica normalización y han visto nacer una genera-

ción de escritores nacidos a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, que con sus primeras obras apuntan fuerte, están siendo traducidos al castellano y escriben sin complejos y fuera de tendencias. Entre los destacados podríamos citar a Jordi Puntí, Pep Sala, Ada Castells, Empar Moliner, Eva Piquer –todos ellos nacidos a finales de la década del sesenta– y a algunos que cronológicamente pertenecen a la generación anterior, pero que han publicado obras destacables a finales de los noventa, como por ejemplo Martí Rosselló, Albert Mestres y Ponç Puigdevall.

La situación en la narrativa resulta francamente alentadora, a pesar de los malos augurios que a menudo se repiten más de lo necesario, pero haría falta matizar. Uno de los efectos, a mi entender, más positivos es la originalidad de algunas de las propuestas. Si se ha reiterado que muchos de los narradores de la nueva generación están muy condicionados por el estilo de Quim Monzó –cosa que es perfectamente legítima e incluso recomendable–, lo cierto es que la sombra de Monzó ha servido para encontrar un estilo muy periodístico, nervioso y con economía de lenguaje, con sentido del humor, imaginación e, incluso, hasta llegar a unas propuestas que bien podrían entroncar con ciertas líneas de la llamada narrativa postmoderna norteamericana, de Barth a Barthelme pasando por Coover y por algunos de los narradores europeos que utilizan el cuento o la novela breve como principal fórmula de expresión. Monzó ha preferido el cuento y el artículo periodístico –en los que buscando los tres pies al gato acaba encontrando un contundente sentido común– para superponer el realismo a la ficción o para filtrar la ficción en la ficción siempre a través de un agudísimo sentido de la observación. Los libros de cuentos *Uf, va dir ell*, *L'illa de Maians*, *El perquè de tot plegat* o *Guadalajara* –de los que realizó una significativa antología el año pasado–; las novelas *Benzina* y *La magnitud de la tragèdia* y las selecciones de artículos que va publicando en su editorial habitual, Quaderns Crema, han compuesto un fresco significativo del escritor catalán actual más significativo, el que ha sabido conjugar la ficción breve, imaginativa y aparentemente espontánea de Pere Calders con una visión de la literatura abierta a otras culturas.

Para encontrar una fecha emblemática en la evolución de la narrativa catalana nos situaremos en 1989, cuando coinciden en las librerías el gran éxito de Jesús Moncada (Mequinenza, 1941), *Camí de sirga* con la segunda novela precisamente de Quim Monzó (Barcelona, 1952), *La magnitud de la tragèdia* y la primera del poeta Miquel de Palol (Barcelona, 1954), *El jardí dels sets crepuscles*, una fábula apocalíptica y futurista, que contiene infinidad de relatos en paralelo dentro de la novela y que parte de clásicos como *Las mil y una noches* y el *Decamerón* de Boccaccio. Aislándo-

se del mundo, que padece un desastre nuclear, los protagonistas se enzarzan en una colección de historias, que son un placer intelectual para lectores sibaritas. Las tres novelas, traducidas en castellano por Anagrama, revolucionaron el panorama de la narrativa culta y se sumaron a dos ejercicios estilísticos de gran calidad: *Alfabet*, del valenciano Josep Palàcios, e *Illa Flaubert*, del mallorquín Miquel Àngel Riera, publicados, asimismo, entre 1989 y 1990. También se publicó en 1989 la primera novela de Ramon Solsona (Barcelona, 1950), *Figures de calidoscopi*, un magnífico relato introspectivo sobre el vacío, protagonizado por una mujer madura. Solsona ha continuado su obra narrativa en los noventa alternando el relato breve con las novelas extensas y alguna incursión en la novela satírica con gran acierto.

Entre los autores veteranos que han destacado durante los últimos veinte años no sería justo ignorar la contribución de Baltasar Porcel (Andratx, Mallorca, 1937). Autor de una obra de gran fuerza, con personajes con carácter y con un estilo que se mueve equidistante entre un realismo casi naturalista y un sobrio lirismo, Porcel publicó en 1986 una de sus novelas más importantes, *Les primaveres i les tardors*. En los noventa, el narrador y periodista mallorquín abandonó el entorno arraigado o bucólico de sus novelas anteriores para mostrarnos un fresco de la sociedad actual, el mundo del poder y del capitalismo salvaje en dos novelas, *Ulisses a alta mar* i *Lola i els peixos morts*, que fueron reconocidas por la crítica. El mito de la mediterraneidad, lejos de la evocación del paisaje y del complejo entramado de las familias mallorquinas que habían protagonizado sus dos novelas más destacadas, *Cavalls cap a la fosca* y *Les primaveres i les tardors*, se transforma en una idea dominadora del mundo y de la naturaleza. Si en las novelas de Porcel se podían haber localizado concomitancias con la narrativa de Lorenzo Villalonga, las de los años noventa nos acerca más a la fuerza y la violencia de Hemingway. Porcel, al que nunca se le ha tenido suficientemente en cuenta, es un narrador con talento.

Otra autora que destacó en los ochenta y en los noventa fue Maria Àngels Anglada. Dotada de una prosa poética de gran calidad y preocupada por recrear los mitos clásicos, especialmente los griegos, en su obra, Anglada publicó a finales de los noventa dos novelas brevísimas, *El violí d'Auschwitz* y *Quadern d'Aram*, en que denunció la perversidad del exterminio a través de dos historias protagonizadas por personajes en minúscula, de los que nunca tienen voz.

Otros autores que merecerían una mención más destacada son Jordi Coca, Robert Saladrigas, Terenci Moix, Isidre Grau, Joaquim Carbó Olga Xirinacs, Josep Lozano, Lluís Racionero, Joan Rendé, Maria Antònia Oli-

ver, Jaume Fuster, Jaume Cabré, Joan Francesc Mira, Maria Barbal, el heterodoxo y lúcido Biel Mesquida y la desaparecida y añorada Montserrat Roig (1946-1991). Roig, que hasta el último día de su vida mantuvo su vinculación al periodismo como una militancia, escribió una obra narrativa marcada por la evocación, la sensibilidad e incluso por la melancolía y la nostalgia por el tiempo perdido y por la pequeña burguesía barcelonesa del Ensanche. Todo con tono intenso y moderno, sin ceder a ningún tipo de cursilerías. *El temps de les cireres*, *L'hora violeta*, *La veu melodiosa* y *El cant de la joventut* son un buen ejemplo de una narradora inquieta, que consideraba que su obra mayor todavía estaba por llegar. Otra autora con un gran potencial dramático y que también nos abandonó prematuramente fue Maria-Mercè Marçal (1952-1998). Poeta destacada de la *Generació dels setanta* y también feminista militante, Marçal publicó en 1994 una magnífica novela, llena de poesía, *La passió segons Renée Vivien*, que combina sabiamente la ficción con una historia biográfica que tienen muchos puntos de autobiografía estética.

Entre los citados en el comienzo del párrafo anterior deberíamos añadir que algunos gestaron el colectivo Ofèlia Dracs, que dinamizó la literatura de género en los setenta y en los ochenta. Algunos de estos narradores han apostado por un tipo de novela histórica de calidad, muy marcada por el estilo y por tramas bien resueltas. Quizás el caso más paradigmático sea Jaume Cabré (Barcelona, 1947), que ha conseguido complementar el éxito de público con la calidad en novelas históricas como *La teranyina*, *Fra Junoy o l'agonia dels sons* y *Senyoria*. Con *L'ombra de l'eunuc*, Cabré introdujo el tema de la transición democrática, que han continuado, entre otros, el versátil y poliédrico Jordi Coca (Barcelona, 1947) con *Dies maravillosos*. Coca es, asimismo, autor de una amplia obra narrativa entre la que destacan títulos como *La japonesa*, *Louise. Un conte sobre la felicitat* y *L'emperador*.

La literatura catalana ha asumido su renovación en un tiempo marcado por las prisas, el consumo y los efectos mediáticos sobre la cultura. El efecto nocivo que puede tener la preponderancia de la industria editorial española en Barcelona, ha servido de complemento a pesar de las torpes y erráticas políticas normalizadoras de la Generalitat, que ni han servido para consolidar la literatura, ni para dotarla de unos instrumentos mínimos de proyección. A pesar de los pesares, la relación de autores y las obras son lo que en definitiva cuenta, lo que quedará. Y creo que la progresiva pérdida de los grandes nombres de la literatura catalana contemporánea que se ha producido durante las últimas décadas no ha provocado un trauma de orfandad demasiado profundo. Los nombres de Bartra, Estellés, Foix,